

Ya va marchando la feroz caterva,
 Moviendo al són del atambor el paso,
 Dejando con los piés, de verde yerba
 El suelo ántes cubierto, entonces raso:
 Ya al hado inicuo y á la suerte acerba,
 Á contraria fortuna y infeliz caso
 Lleva tan grande máquina sujeta
 El aire de la caja y la trompeta.
 Pero ¿qué temeraria muchedumbre
 Vecino el suelo del hormiga pisa,
 Que el polvo sube á la suprema cumbre,
 Y quien lo causa se avecina aprisa?
 ¿Quién le perturba al sol su hermosa lumbre?
 O ¿qué fiera caterva se divisa
 Que al sol y al suelo su camino cubre,
 Y entre nubes de polvo se descubre?
 Mas ya el ruido manifiesta cierto
 Que ya á la vista el enemigo tiene
 El un campo y el otro descubierto,
 Y que uno va á buscarle y otro viene:
 Trace, que es tiempo, el capitán experto
 Lo que más á su ejército conviene;
 Que yo me voy, mientras lo ordena y traza,
 A ver las calles y cursar la plaza.

CANTO VIII.

Pasó la fuerza del soberbio grito,
 Envuelto el aire suyo en polvo seco,
 Sobre las tristes ondas del Cocito,
 Dando en peñascos del infierno el eco:
 El padre del ejército precito
 En su palacio tenebroso y hueco
 Le oyó, y también cuando la causa supo,
 Grande fué el gozo que en su pecho cupo.
 Alegre dijo á un diablo pequeñuelo,
 Su paje, por ventura: «Al viento vano
 Tiende, demonio, tu ligero vuelo,
 Y busca por los aires á Vulcano:

A Lipara camina; que recelo
 Que allí los rayos fragua que mi hermano
 A los gigantes atrevidos tira,
 Cuando rebeldes sus intentos mira.
 «Dile que al fuerte Estérope al instante
 Deje, que importa, de su fragua el cargo,
 Sin que excusa ni causa sea bastante
 Para poner á su venida embargo;
 Porque á todo el infierno es importante
 La suma brevedad, la cual le encargo:
 Que se disponga, y baje al punto mismo
 A ver mis entresuelos del abismo.»
 No aguardó el diablo chico á que su intento
 Diga Pluton dos veces; que á la una
 Atrás dejó su ligereza al viento,
 Y allá se puso sin tardanza alguna:
 Hallóle, y quiso luego el pensamiento
 Decirle de Pluton; y como á una
 Sonaba tanto estrépito y martillo,
 Ni el diablo pudo hablar ni el otro oílo.
 Sacóle afuera, y dijo que le llama
 De prisa el dios Pluton, que luego venga,
 Y encomiende sus obras, fragua y llama,
 Sin que excusa le dé que le detenga:
 Oyó el mensaje el negro herrero, y brama
 Porque la pierna coja entonces tenga,
 De manera que no pueda tan presto
 Ver de su rey el formidable gesto.
 Pero luego, sin más inconvenientes,
 Con el martillo que tenía en la mano,
 Tenazas y los otros adherentes,
 Tomó el camino con el diablo enano:
 No quiso despedirse de sus gentes;
 Que sabe bien el infernal Vulcano
 Que tiene dél necesidad precisa
 Pluton cuando le llama con tal prisa.
 Y obedeciendo en todo el dios herrero,
 Pasó, disimulando la congoja
 De no darle lugar á ser ligero
 La falta grande de su pierda floja;
 Y acompañando al diablo mensajero,
 Arrastrando llegó su zanca coja
 Donde con una y otra reverencia
 Habló á Pluton y su infernal presencia.

«¿Qué es lo que el rey de la region oscura,
Dijo Vulcano, manda en su servicio?

¿No está la cárcel infernal segura
De algun enorme daño ó maleficio?
¿Mete Febo por dicha su luz pura
En el infierno por alguna resquicio?

¿O qué nueva invencion es la que traza,
En que le dé su ayuda mi tenaza?»

«Ninguno, habló Pluton, mi reino altera
Sin que tema el castigo con su daño,
Y nunca Febo por su cuarta esfera
Ha visto el reino de su luz extraño;
Nadie quebrantará mi cárcel fiera,
Que mientras ocuparen el escaño
Minos el fuerte, Eaco y Radamanto,
No le alcance la pena del quebranto.

«Mas he querido que en persona vengas,
Viendo lo mucho que de tí confío,
Para que parte de contento tengas
En las cosas que son del gusto mio;
Y quiero con tu industria que prevengas
La barca grande de Aqueronte el rio,
Que como ya há que sirve tantos años,
Temo de su vejez algunos daños.

«A las riberas de Aqueronte parte,
Donde el viejo Caron continuo habita,
Que es quien las almas desde la otra parte
En su barca al infierno precipita:
En su seguridad emplea tu arte,
Sus junturas y cóncavos visita,
Y á sus resquicios pon remedio en suma,
Si por ellos el agua se trazuma.

«Esto es lo principal que se te encarga;
Volando á sus riberas te avecina,
Y manda que te lleven una carga
De clavos, pez, estopas y resina:
Adoba el senó de la barca larga
Adonde tanta máquina camina;
Que han de pasar por ella tantas gentes,
Que al número no igualen los vivientes.

«Dale al barquero las saludes mias,
Y dile que me importa en todo caso
Que vele en mi servicio por seis dias,
Trillando aprisa del infierno el paso:

Que por las ondas de Aqueronte frias
Revuelve y torne su ligero vaso:
Que muchas almas de los cuerpos muertos
Han de pisar los infernales puertos.

«Y que si se cansare, como temo
Más de su edad que de su buen intento,
Y no pudiere al uno y otro remo
Apresurar el lento movimiento,
Que al llegar de las aguas al extremo,
Del cansancio me avise, que al momento
Haré que al nuevo ministerio acuda
La turba graficana á darle ayuda.

«Después te parte, y al infierno adentro
Por entre sombras lóbregas te mete,
Hasta llegar adonde junto al centro
Se esconde de las furias el retrete:
En viéndote llegar saldrá al momento,
Erizando el cerástico copete,
La furia Alecto con el torvo zuño,
Apretando serpientes en el puño.

«Dí que de sus furores se revistan
Ella y sus dos hermanas, y que luego
En mi presencia todas tres asistan,
Sembrando por sus ojos vivo fuego;
Porque conviene que con él embistan
Un ejército loco y otro ciego,
De rabia entrambos, de codicia impresa,
Que los harán de los demonios presa.

«Por entre nieblas de sulfúrea brasa
De las fieras Euménides prolijas
Deja el albergue oscuro, y á ver pasa
Del Erebo y la Noche las tres hijas:
Cercada está su tenebrosa casa
De infinitas y fieras sabandijas,
Y ellas cortando las vitales hebras
Entre viboras pardas y culebras.

«Dí que las sombras de su albergue dejen,
Y á verme al mismo punto se aperciban,
Y los crudos aceros aparejen
Con que á la gente de la vida privan;
Y que me importa que de aquí se alejen,
Porque han de hacer que en el infierno vivan
Un infinito de almas que sus filos
Han de enviar á los tenáreos silos.

« Y si el acero que el vivir impide,
 Con que la fiera Parca parte y corta
 El estambre vital, y le divide
 Del cuerpo, y al infierno le trasporta,
 Si más agudo acaso el filo pide,
 Que se le dé tu industria y arte importa,
 Y así en tu muela su rigor afila,
 Y corte al paso que Laquésis hila.
 « Entra despues por el espacio bruno,
 Y de uno en otro lóbrego aposento
 Llama á todos los diablos, sin que alguno
 No sienta el ronco són de tu instrumento:
 Di al ejército negro y importuno
 Que á mi palacio vengan al momento,
 Aunque de atormentar las almas dejen;
 Que harto tiempo les queda en que se quejen. »
 Dijo el padre infernal; y al mismo instante
 Que el labio cierra, vuela el mensajero
 Por el camino lóbrego adelante;
 Que, aunque perniquebrado, va ligero:
 Llega en los aires donde el navegante
 Caron habita, el infernal barquero,
 Y visita el espacio de su barca,
 Aleto y las tiseras de la Parca.
 Baja á las salas y al profundo interno,
 Y arrima con dos manos á su boca
 El vil remate del revuelto cuerno,
 Y llamando á los diablos, con él toca:
 Sintió la voz el temerario infierno
 Con que la turbamulta se convoca,
 Y van á ver su rey y señor sumo,
 Envueltos entre niebla negra y humo.
 Vino de todos ellos el primero
 El consumido y pálido Marmota
 En un perro soberbio caballero,
 Con cuya larga cola el anca azota:
 Libicoco tras él llegó ligero,
 Que llamas vivas por los ojos brota,
 Diciendo en voces de espantables truenos:
 « ¿ Qué quiere el rey de los tartáreos senos? »
 Sobre un cabron el fiero Barbariza
 Por el camino del infierno trepa,
 Que en barba y cuernos de su faz mestiza
 La del cabron que lleva no discrepa:

Siguele el furibundo Dragoniza
 Con gesto y zancas de espantable Nepa,
 Y tras ellos el fuerte Malabranca,
 Con uña larga, más que el Nepa zanca.
 Rompiendo van el lóbrego camino
 Con alas de murciégalos ligeros,
 Los dos demonios Tarater y Alquino,
 Atropellando por llegar primeros:
 Tras ellos luego denodado vino
 Malatasca el hinchado echando fieros,
 Llevando de culebras el copete,
 Y en la trasera el fuego de un cohete.
 Trillan el reino del Estige y Dite
 El soberbio Acaron y Rubicano,
 Con hachas encendidas de alquebrite,
 Que entrambos llevan en la diestra mano;
 Y hediendo á algun pestífero mefite,
 Sigue las dos antorchas Graficano,
 Y luego el espantable Estizaferro
 Con su gesto infernal, mascando hierro.
 Retumba en los profundos calabozos
 La voz del cuerno horrenda, y se despuebla
 El sótano infernal y oscuros pozos
 Que la caterva de los diablos puebla:
 Cesaron los aullidos y sollozos
 De las almas, en tanto que entre niebla
 Densísima y espeso torbellino
 La endemoniada gente va el camino.
 El gesto que al infierno atemoriza
 Saca furioso, y la tricorne frente,
 Y el tuerto garabato con que atiza
 Los vivos fuegos á la presa gente,
 El fiero Satanás, que la ceniza
 Que el bulto le cubrió de llama ardiente,
 De su cuerpo fantástico sacude,
 Y á ver el rostro de Pluton acude.
 Saca el dragon Behemot los encendidos
 Ojos que al mismo infierno representan,
 Y por la boca horrisonos bramidos
 Que á los demonios con su furia ahuyentan:
 Las voces, el furor y los aullidos
 Los perversos espíritus aumentan,
 Que el ronco cuerno de Vulcano saca
 Con grito triste de la sombra opaca.

« ¿Qué quiere el rey de los tartáreos senos? »
 Salían diciendo de los cuartos bajos
 Los demonios, de fuego y rabia llenos,
 De condenadas almas espantajos:
 Salió sembrando acónitos venenos,
 Envueltos en cerúleos espumajos,
 El fiero Belial, bestia sin yugo,
 De pecadoras ánimas verdugo.

Belzebut, con su cara horrenda y fea,
 Y con la horca en forma de bidente,
 Del fuego de la oscura chimenea
 También salió con la endiablada gente;
 Y sacando la voz estentoréa
 Que en su silla infernal Pluton la siente,
 Dijo á los diablos de la luz ajenos:

« ¿Qué quiere el rey de los tartáreos senos? »

(Con cuernos de carnero en su cabeza
 Y de culebras pardas la pretina,
 Sale Astarot, y á caminar empieza
 Donde el furor diabólico camina:
 Con gritos causadores de tristeza
 Va entre la chusma misera y mezquina,
 Diciendo en voz de lamentables trenos:

« ¿Qué quiere el rey de los tartáreos senos? »

La ensortijada cola desenrosca
 La bestia con sus silbos importuna;
 El fiero Leviatan, serpiente tosca
 Criada en la mortífera laguna,
 Echa veneno por su vista fosca,
 Más que la sombra del infierno bruna,
 Sacando de su boca la lengüeta
 En heridora forma de saeta.

Farfarelo, Folleto y Sulfoneo
 También salieron como furia loca,
 Cubriendo el rostro abominable y feo
 El humo que les sale por la boca:
 El homicida y bárbaro Asmodeo,
 A la tercera vez que el cuerno toca
 Vulcano, sale como herida furia,
 Castigando de un jímio la lujuria.

Sale á la voz también tras todos ellos,
 Con más horrenda y mónstrua catadura,
 El que entre los espíritus más bellos
 Tenía aventajada la hermosura;

Erizados sacando los cabellos,
 Rubios un tiempo más que lumbre pura,
 Que ahora son de abrasadora lumbre
 De tormento perpetuo y pesadumbre;

El príncipe Luzbel, que el nombre solo
 Le quedó de la gloria que tenía,
 Cuando de más altura que del polo
 Le derribó su pérfida osadía;
 El padre, al fin, de la mentira y dolo,
 Con su lucida en fuegos compañía,
 A voz del cuerno triste que los llama,
 Salen vestidos de su eterna llama.

Lleva el soberbio príncipe una escuadra
 De infernales ministros de la muerte,
 Con el trifauce, que á su lado ladra
 Y por tres bocas la ponzoña vierte:
 Con él salieron de la oscura cuadra
 Mínos, Eaco y Radamanto fuerte,
 Que los tres jueces son de ajenas faltas,
 Con cuernos altos y con varas altas.

Pero ningunos cuernos más espantados
 Que aquellos grandes del cretense Mínos,
 Que sobre los más altos se levantan,
 Y tras de ser más largos, son más finos:
 Estos, si las historias verdad cantan
 De Dédalo y sus hechos peregrinos,
 La adúltera Pasifae se los puso,
 Cuernos del toro de su horrendo abuso.

En forma de diabólicos disfraces
 Tras el príncipe salen mil quimeras,
 Mil Celenos inmundas y voraces,
 Mil Scilas y Caribdis vocingleras,
 Mil esfinges burladoras y falaces,
 Fieras sin forma, y multiformes fieras,
 Gorgonas, Polifemos, Geriones,
 Sirenas, faunos, hidras y pitones.

La diabólica chusma llega, y pára
 En viendo el trono de infernal respeto.
 Y del rico Pluton la negra cara,
 A quien el duro infierno está sujeto:
 El fiero conciliábulo repara
 A ver del rey el tremebundo aspeto,
 Que daba muestras, no de enojo y pena,
 Gran novedad y del infierno ajena;

Hórrida majestad, fiereza grave,
Severidad diabólica le adorna ;
Y siendo tal , disimular no sabe
Lo que en ménos rigor su furia torna :
Mira la sala , que de piés no cabe ,
Y sin usar de gravedad la sorna ,
Sacó la ronca voz de su garganta,
Voz con que á veces el infierno espanta.

« Ahora sí, demonios, que publico
Mi riqueza sin suma y mi ganancia ;
Ahora sí podréis llamarme rico ,
Que lleno de almas la infernal estancia :
Ya de mi buena dicha os certifico ,
Y ahora importará la vigilancia
Vuestra, apretando los tártareos senos,
Que se han de ver, amigos, de almas llenos.

« Hoy, que el cénzalo, hormiga, mosca y chinche,
Tábano, piojo, mirmilión y araña,
Los calabozos infernales hinche
De almas de cuerpos muertos en campaña,
Bien es que cada diablo parta y trinche
Sus estancias y cuartos, y con maña
Sus aposentos lóbregos dispongan,
Y en nueva pena al nuevo huésped pongan.

« Comision nueva doy á mis tres jueces
Que el sótano infernal desembaracen,
Y para caso tal tengan mis veces,
Las causas oigan y las penas tracen ;
Y mando á los espíritus soeces,
Si lo que mandan ellos tres no hacen,
Que en vil destierro del infierno penen,
Y en diez años de celos les condenen.

« Todo diablo feroz se muestre listo,
Y á cada uno se le dé su cargo,
Porque tiene de ver lo que no ha visto
Desde el principio de su tiempo largo :
Al uno y otro pueblo que conquisto,
En sus senos reciban ; que me encargo
De darle al diablo que mejor lo haga,
Del negro infierno lo mejor por paga.

« Y para que no tenga por disculpa
El no tener qué hacer en tanta hacienda,
Y del pecado, negligencia y culpa,
De ignorancia la excusa no pretenda

En su memoria mi razon esculpa,
Sin que se excuse alguno que no entienda
Y sepa el órden que le doy que siga,
Para que con mi intento se prosiga.

« Rubicano y Alquino en el arena
Del rápido Aqueronte estén atentos,
Cuando Caronte trae la barca llena
A poblar los oscuros aposentos ;
Y ellos las almas á la dura pena
Remitirán con ímpetus violentos ;
Y Barbariza y Gaficano quiero
Que ayuden al decrépito barquero.

« Las locas furias con estruendo pasen
A vuelo, no aguardando el de la barca,
Y en vivo fuego de rencor abrasen
Al mosquino y hormígeno monarca :
Sus pechos emponzoñen y traspasen,
Y prevengan de modo que la Parca,
Solo en pasando los agudos filos,
Deje cortados los vitales hilos.

« Al Cancerbero horrible se cometa ;
Porque esto no es razon que se le quite,
Pues es perro trifuace, que arremeta,
Y al natural del perro en esto imite ;
Y por su angosto trigaznate meta
Al reino oscuro del soberbio Dite
Todas las almas de las moscas muertas,
Siendo sus bocas del infierno puertas.

« Perezca allí la gula de su pecho,
Y aquel torpe vivir á sus anchuras
Halle angosto camino en el estrecho
Del can, pena debida á sus locuras :
Esta es sentencia justa y de derecho,
Y á su rigor conformes desventuras
Paguen los besos que á las damas dieron
Cuando atrevidas sin vergüenza fueron.

« Vaya Astarot, y en las hormigas haga
Aquello mismo que con ellas hace
El oso montañés, que se las traga
Siempre que hambriento por los montes paze :
Su estómago de hormigas satisfaga,
Pues él dellas jamás se satisface,
Siendo un vientre ministro de justicia
Del otro que lo fué de la avaricia.

«Que no es bien que esta vil se ensoberbezca,
Y descubiertamente al mundo diga
Que gusta mucho que en hurtar padezca,
Cuando huelga la mosca su enemiga:
Perezca, digo, este animal, perezca;
La suerte de la mosca haya la hormiga:
A las dos por extremos las condeno,
Pues solo el medio entre los dos es bueno.

«Las lujuriosas pulgas Asmodeo
En las oscuras cárceles esconda,
Y él á su vicio abominable y feo
Con iguales castigos corresponda:
De la caterva pullicina arreo,
Inquieta, lujuriosa y hedionda,
Del índice y el pólce en sus yemas
Tengan castigo sus soberbias temas.

«Del fiero Leviatan será el camino
El hondo espacio que su vientre tiene,
Por donde se entre el género mosquino
Que á ver las penas del infierno viene:
Esta caterva que al olor del vino
En los cóncavos frescos se entretiene,
Del fiero Leviatan el vientre tenga,
Porque no siempre en fresco se entretenga.

«La plaga cenzalina, que persigue
Con inaudito género de enojos
A los mortales que en los campos sigue,
Entrando sin temor por boca y ojos,
Dragoniza sus ímpetus mitigue,
Y al tiempo que se abrieren los cerrojos
De la infernal y temeraria puerta,
Allí se plante con su boca abierta.

«Tenga correspondencia y semejanza
La pena á su delito cometido,
Y echen de ver que con igual balanza
Justo castigo á su pecado mido:
Dragoniza ejecute la venganza
Del grande atrevimiento que han tenido,
Y dentro de su estómago se metan:
Será la última vez que tal cometan.

«El hinchado Behemot, la bestia fiera,
A la caterva de la chinche inmunda
Prevenga del infierno una caldera,
La que fuere más cóncava y profunda:

En ella su asquerosa vista muera,
Y entre sus aguas infernales se hunda,
Y allí su mal hedor bullendo acabe,
Ó del hedor pestífero se lave.

«En poder de Behemot el hedor purgue,
Si el diablo de su hedor no se desdeña,
Y Tarater de la caldera hurgue
Los fuegos, y Folleto traiga leña:
El infierno Acaron furioso expurgue,
Porque si alguna chinche, aunque pequeña,
Entre los diablos mal oliendo queda,
No habrá demonio que sufrirla pueda.

«Las almas de los crudos mirmiliones,
Que hasta en sus camas á la gente inquietan,
Levantando en las carnes los chichones
Que por chupar la sangre las aprietan;
Esta caterva infame de ladrones
En los últimos cóncavos se metan,
Teniendo á Belial por carcelero,
Que no les deje abierto un agujero.

«El fiero Satanás en las entrañas
Lóbregas del infierno, donde habita,
Meta de las indómitas arañas
La caterva zancuda y infinita;
Y para sus diabólicas marañas
Haga á la chusma bélica y maldita
Que nuevas redes con las suyas tracen,
Porque con ellas nuevas almas cacen.

«Al cruel Malabranca se cometan
Los piojos, fruta vil de galeotes,
Y especial los sacrilegos que inquietan
Hasta los eclesiásticos cocotes:
Destos que las cabezas no respetan
Aun de los mismos sumos sacerdotes,
Malabranca, juntando uña con uña,
Las anchas pieles de sus cuerpos bruña.

«Belzebut el furioso, que consiente,
Sin que por ello se desdeñe y brame,
Llamarse padre desta sucia gente,
Y que la mosca infame se lo llame,
Allá en sus calabozos atormente
A su albedrío el tabanismo infame,
Y su soberbia indómita castigue,
Sin que el llamarle padre á amor le obligue.

«A Lucifer tambien se le reserva,
Del despojo sin par que se reparte,
De melifluas abejas la caterva,
Que es entre todas provechosa parte;
Y aquí castigará con pena acerba
El modo extraño y el oculto arte
De que sola sus fábricas fabrique
Sin que el cómo á las gentes comunique.

«Y lo que con castigo riguroso
Es más justo que paguen bestias tales,
Sin que con ellas pueda ser piadoso
Alguno de los mónstruos infernales,
Es porque viendo su panal sabroso
Tan grato al paladar de los mortales,
En cuanto con su maña hacer pudieron,
En asco su dulzura convirtieron.

«Antes del tiempo antiguo de Aristeo
Formaban estas, no en oculto vaso,
Patente á todos el panal hibleo,
De amargo más que de dulzura escaso:
Bien pudiera, á medida del deseo,
El oso, si le hubiera á cada paso,
Entonces libre, remediar su hambre,
Sin dar la muerte al labrador enjambre.

«Marchitaban entonces los colores
A la hermosura que el romero arroja,
Atrevidas chupando de las flores
El oloroso jugo y de su hoja;
Y dellas los purisimos licores
De la miel estimable, dulce y roja,
Con su boca la abeja iba labrando,
Artificiosos cóncavos forjando.

«Era patente la hermosura bella
Del sabroso panal á cuanta gente
Había en el mundo; y envidiosa ella,
Pesándole que fuese tan patente,
A la deidad divina se querella
Del sumo altitonante omnipotente,
Que no consienta que los hombres tomen
Su dulce miel, que sin trabajo comen.

«Oyó en el cielo el lamentable ruego
El Dios que el orbe universal compuso,
Y fuéles tan benévolo, que luego
Defensa y casa á los enjambres puso:

Sacó de un alcornoque un vaso ciego
Para el melifluo ministerio y uso,
Donde la abeja sus panales guarde
Del ladron, á quien hiera y acobarde.

«Y por defensa del licor suave,
Y para que ninguno se le atreva
A robar lo que sola labrar sabe,
Con que las bocas á los dioses ceba,
Dióle ¡dón singular! la espada al ave,
Que dentro de su cola oculta lleva,
Con que estocadas á las gentes tira,
Y del secreto cóncavo retira.

«Siempre el divino Júpiter propicio
Se mostró á las abejas, en memoria
Del alimento en su niñez, indicio
Y pronóstico claro de su gloria;
Mas despues en humano beneficio
Forma y manera reveló notoria
Al arcadio Aristeo, que el primero
Fué, desde aquellos tiempos, colmenero.

«El fué el primero que á la humana gente
Les enseñó, para coger el fruto,
El modo y lugar propio y conveniente
Donde pueda labrar el pueblo astuto:
Desde aquel tiempo antiguo hasta el presente
Han llevado los hombres el tributo
Por arte y maña de la abeja escasa,
Por tasa dando lo que dió sin tasa.

«Llegaron al instante á las orejas
De la madre comun, naturaleza,
De todos los cuadrúpedos las quejas,
En llanto envueltas y mortal tristeza;
De escasas acusaron las abejas,
Pues lo que ella les dió con tal largueza
Para que fuese principal sustento,
No es ya para la boca del jumento.

«De allí el refran se derivó, sin duda,
Que está tan extendido por España,
Y la madre comun suspensa y muda
Quedó á las quejas, y encendida en saña;
Entonces ella con enojo muda
Contra la astucia y cautelosa maña
De las abejas los efectos varios,
Haciendo ser á su intencion contrarios.

«Trocó en su espada cortadora y fuerte
 Los temerarios filos, de manera
 Que quien pensó con ella dar la muerte,
 Hace con ella que ella misma muera;
 Y contra el vaso donde esconde y vierte
 La dulce miel en cóncavos de cera,
 Produjo el oso entre otros animales,
 Muerte suya y ladron de sus panales.

«Mirad con tales cosas si hecho tiene
 Esta, de sus licores avarienta,
 Causas por donde eternamente pene,
 Y igual castigo su avaricia sienta;
 Y á ser mayor su gran delito viene;
 Que no con esto solo se contenta,
 Pues con fin de que el hombre no comiera
 Su licor, le vertió por la trasera.

«A la crueldad de Lucifer se deje
 Dar á tan malas gentes el castigo,
 Que yo aseguraré que no se queje
 Que no venga su agravio el enemigo;
 Y otros crudos tormentos apareje,
 Porque tambien ha de llevar consigo,
 Donde ejecute su furor y saña,
 Los tercios fuertes que produce España.

«La soberbia de Arjona y la manchega
 Ejercitada gente en hacer robos,
 Cuyas crueldades el rocín reniega,
 Causa de sus carreras y corcovos,
 A su furor indómito se entrega
 Con los hambrientos y feroces lobos
 Que en su provincia calorosa cria
 Murcia con la soberbia Andalucía.

«Y pues los diablos principales tienen
 Repartida entre sí tan grande hacienda,
 Y tales Indias al infierno vienen,
 Vaya cada demonio por su senda:
 Mis jueces integérrimos condenen
 Al diablo chico ó grande que no entienda
 En algo del loable ministerio
 De llenar de esta gente el negro imperio.

«Y si para negocios semejantes
 Algun demonio grande no se siente
 Con aliento ni fuerzas tan bastantes,
 Ni con denuedo al caso competente,

Diablos tiene el infierno extravagantes;
 Llaman para el efecto desta gente,
 Que apenas lo sabrán, cuando sin duda
 Todos vendrán á ser diablos de ayuda.

«A Aqueronte, que el agua trasparente
 Desde su cueva oscura señorea,
 Y de hojas negras la arrugada frente
 Con espacioso círculo rodea,
 Farfarelo con paso diligente,
 Y con palabras cual requiere, sea
 El que á notificarle se despache,
 No altere sus cristales de azabache.

«Que no saquen sus ninfas la cabeza,
 Nadando por su negro y ancho lago,
 Si quieren ver su etíope belleza
 Libre y segura de atrevido estrago:
 Que por sus tristes ondas se endereza
 Gente al infierno, que darán el pago
 A cualquier ninfa, sin estar segura
 De lujurioso beso ó picadura.»

Aquí subiendo de la voz un punto,
 Pluton á los espíritus feroces
 Dijo: «Ya, turba bárbara, barrunto
 Que en la memoria vuestra van mis voces:
 Ea pues, potencia del infierno junto,
 Cuidado en prevenir; partid veloces,
 Demonios de los lóbregos abismos;
 Idos vosotros con vosotros mismos.»

Esto el padre infernal dijo; y atentos
 Los soberbios demonios escucharon,
 Y con la alegre novedad contentos,
 Señales ciertas de placer mostraron;
 Y apenas puso fin á los acentos
 Pluton, cuando los suyos comenzaron
 Diciendo que se hará ni más ni ménos
 Que quiere el rey de los tartáreos senos.

Al punto Eaco, Radamanto y Minos
 Dejaron los plutónicos umbrales,
 Y luego del infierno los caminos
 Trillaron los ministros infernales;
 Pero ya los cabellos serpentinos
 Meguera va arrancando, y las fatales
 Tiseras saca ya la Parca fiera:
 Alto á ver el estrago desde afuera.